

por artículos traídos de la ciudad o de otro lugar. Vi a una alfarera cambiar sus tinajas y comales por buenas cantidades de sal.

Durante Febrero, Marzo y parte de Abril persiste este movimiento comercial y social en la majestuosa playa de Palos Secos. Todo el camino de la costa en esta época, no es más que una cinta de alegría.

III

Corre el año 1941 y el mes de Marzo. Se acerca el plenilunio y con este suceso surge así mismo el anhelo de ver el mar, tan siempre igual en su grandeza como si se empeñara en afirmar en nuestras almas la idea de eternidad. Todo mundo dice: "no hay playa como la de Palos Secos", por amplia, por acogedora, por sus mariscos, por su buena sal.

Los aceitunos silvestres están en cosecha, hasta que están gachas las ramas con su carga de racimos maduritos. Los pájaros, los monos, las ardillas y garrobos hacen su fiesta con manjar tan exquisito. Un muchacho los espanta con dos tiros de su escopeta bala "U", que por cierto no dio en el blanco, y nos dejan a nosotros el banquete.

Ya en la noche estamos en la playa. Pocos paseantes, pocos ranchos; sólo hay dos que pertenecen al jefe del Resguardo y a su familia. A lo sumo hay treinta personas entre adultos y chiquillos. En Morro Hermoso se ven llamaradas, las quemadas imprudentes de algún cazador, pero que sirvió para atemorizar a los niños diciéndoles que era el "Viejo del Monte", quien seguro estaba asando alguna vaca para cenar y le había puesto mucha leña al fuego.

—En esta playa asustan, ustedes vieran lo que pasó una vez, dijo una anciana y luego contó: —Cuando se hundió un barco en esta misma playa, quedaron dos enormes mástiles recostados en la arena. Eran largos y gruesos, pero en la creciente las olas los levantaban y los volvían a dejar en su lugar. Vinieron unos muchachos a bañarse, eran hermanos, uno de dieciocho años y el otro de dieciséis. El mar estaba ya vaciando. Los muchachos idearon jugar a pasar debajo del palo mayor cuando lo levantaba la ola. Mucho rato jugaron así, pasaba el uno y el otro con rapidez bajo el palo antes que la ola bajara, pero en una de tantas, el que pasó de último se lerdó y el palo lo prensó en la arena. Al volver de nuevo la ola, lo sacó su hermanito y lo llevó a la sombra de un árbol, pero ya estaba muerto. El muchacho a llanto vivo no sabía qué hacer, pues no podía con el cadáver, ni podía dejarlo solo porque se lo comían los coyotes; en esas se le ocurrió ver para allá al lado de Morro Hermoso y vio venir a un hombrecito con tamaña barba. Al acercarse le dijo, "no llores, hombre, andá a avisarle a la familia, que yo cuidaré a tu hermano".

El muchacho se fue a la carrera, avisó a la familia y vino mucha gente. Cuando llegaron junto al cadáver nadie había con él, pero allá por la playa vieron ir al hombrecito, que huyó hacia Morro Hermoso. Era uno de los muchos que ahí están encantados.

Este relato dejó a los niños silenciosos, mirando espantados hacia el cerro en llamas; algunos se acurrucaron en el regazo de la mamá para sentirse protegidos. Como un medio de continuar la velada, alguien se puso a explicar asuntos gubernamentales; quiso dar clara idea de lo que es el monopolio de la sal y sus beneficios, pero el sencillo auditorio de personas mayores quedó pensativo, silencioso como los niños ante los inexplicables relatos de Morro Hermoso. Pronto terminó la velada.

En las salinas no hay mucha actividad, tres

o cuatro pailas están trabajando y apenas unos pocos peones acarrear leña, albina y arena. En una de las rancherías está un matrimonio bastante joven con sus cuatro chiquitos. La señora atiza la hornilla, carga la paila y atiende la cocina y los niños, porque el marido tiene que desempeñar oficios más duros, como el de cortar árboles para la leña, rayar la albina, etc., es decir, trabajo con bueyes. Ya tienen dos buenas burras de sal blanca y seca.

—¿A cómo van a dar la sal este año?— preguntó alguien que vino de muy lejos con su familia, como siempre, a proveerse de la sal del año.

—No vendemos porque esta sal la compra el gobierno.

—Véndame una cajuelita escondido, por vida suya.

—¡No, no podemos, porque hay un guarda que nos vigila.

—Sea por Dios, y yo que traía una cajuela de frijoles para que cambiáramos como el año pasado.

—Pero ahora no se puede hacer eso.

Y la compradora no insistió.

Semanas después desfilaban las carretas silenciosas con su cargamento de sal hacia la ciudad, en cumplimiento de la ley, mientras el paisaje costero perdía el colorido que le daba vida.

MARÍA L. DE NOGUERA

Sta. Cruz, 22 de Octubre de 1941.

8 poemas sin título

Por MARIO HERNÁNDEZ

(En el Ref. Amer.)

San José, marzo 30 de 1942.

Señor don
Joaquín García Monge.
San José.

Estimado don Joaquín: Usted, ajeno siempre a toda mezquindad, me ha brindado apoyo y estímulo para seguir adelante. Lo mismo tengo que decir de mi maestro y amigo Don Alajandro Aguilar Machado. Y como estos versos fueron escritos por ella y para ella, quiero dedicarlos a los tres. Acepte este pequeño homenaje de su servido.

M. HERNÁNDEZ

A tí, Beatriz; son tuyos. Y a dos espíritus generosos: Joaquín García Monge y Alejandro Aguilar Machado.

M. HERNÁNDEZ

Puede que dobles la hoja,
Mas mi padre,
sudando sangre de pena,
la forjó a la luz del día
templándola en crudas noches
de tormenta y luna nueva.
Puede que dobles la hoja;
pero es de acero extraído
de lo profundo del alma,
y antes que tú muchas otras
en él oficiaron misas
de difunto.
Yo mismo he querido a veces
romperla, y ha sido en vano.
El acero está en mi pecho
y mi pecho está enclavado
en el acero. Son uno.
Si el fiero canto de un gallo
no ha de parar la locura
de una veleta girando,
la veleta menos puede
romper en sollozo el canto.
Puede que dobles la hoja.
Pero el acero, ¿es acero!
Y jamás has de quebrarlo.

Muelle, mi muelle hurano,
de pilotes hundidos
en los mares sin fondo del ensueño:
la hertumbre te ha ido carcomiendo,
y temo que al embate de las olas
un día
te desplomes.
Muelle, mi muelle abandonado:
tú has sentido el arrullo de esas olas
que ahora te amenazan.
Tú temblaste al ataque
de naves que vinieron
cual partieron.
En los atardeceres
jugabas con el oro;

noches cálidas vieron
tu perfil dibujado
en el espejo inmenso,
y las gaviotas blancas
te clavaron las uñas,
al detener el vuelo por instantes
para posar la vista en los cambiantes
de tus aguas.
Hoy eres una ruina.
Pero yo, que conozco tus ansias
de madera y de acero,
sé que en tu gesto triste
de pobre limosnero
se esconde una esperanza:
tú quieres que los restos de la vieja armadura
sean fundidos
para construir una ancla...

México: eres triste.
México: eres bello.
(Ciudad vieja).
México: eres alegre.
(¡Tu pueblo!)
Tus mañanas de invierno
son tan grises...
Cuando salgo me siento
gris en la entraña misma de los huesos.
Contemplo tus casonas, tus iglesias,
siempre tan llenas,
(siempre tan desiertas),
y evoco tantas cosas...
Me tomas por lo hondo
y me conviertes
en un árbol de más en tus paseos.
Pero el invierno pasa,
y lo gris se convierte en pocas horas
en celeste profundo.
Entonces, México,
siento en las tardes que yo mismo entero
soy un gajo caído de tu cielo.

Por las noches, vagando
entre el torrente humano,
todo es un torbellino,
todo gira.
Y de pronto
cantas en una esquina
por boca de un chicuelo que parece
llevar el ritmo de su voz quebrada
al compás de las luces de colores.
(Implora una limosna).
Así me tornas todo en una mano.
Mas pienso que si un día Dios te hizo,
México, como eres,
fué porque quiso unir en tus contrastes
marco en que resaltase
¡la gloria sin rival de tus mujeres!

México, enero de 1942.